

LA CONTIENDA

Luis Junco

Entre esos hábitos que todos tenemos y que esporádicamente cuestionamos sin resultado alguno, destaco en mi caso la suscripción a un lejano periódico de provincia, gris y simple, que me llega regularmente con un retraso de varios días. Sin ir más lejos, hace apenas unas semanas, con el periódico abierto entre las manos, consideraba yo esta insensata costumbre cuando mis ojos dieron con una noticia de la antepenúltima página que decantaba definitivamente la balanza en una antigua contienda en la que hasta entonces no me había atrevido a tomar partido.

Mi primera relación con el asunto ocurrió hace un buen montón de años, en una época en que yo era un provinciano convencido y rebuscaba en una polvorienta hemeroteca las inequívocas señas de mi provinciana identidad. Me tropecé entonces con un encendido artículo que firmaba Antonio Guridi Massanet, en un número del año veintiuno del mismo periódico cuya suscripción prorrogo sin otra explicación, me digo, que el viejo hábito. El artículo en cuestión estaba dirigido contra Luis Robles Vilaforte que era, a la sazón, el mismísimo director del periódico.

Me chocó en primer lugar la permisividad del periódico, lo que abogaba en favor de su proclamado talante liberal, y en segundo término el carácter de la contienda en sí, que comencé a reconstruir con otro número anterior, pues el artículo era contestación a otro publicado con anterioridad por Vilaforte. Desde entonces busqué y rebusqué en otros números posteriores y más atrasados, indagué otras fuentes e incluso llegué a tratar con familiares y viejos conocidos de los dos principales implicados. Con todos los elementos en mis manos, consideré durante un tiempo la elaboración de un relato con los principales ingredientes de la historia; pero un vacilante final dejaba mi ánimo —y de paso, el de los posibles lectores— en un estado de indefinición y duda que me hizo desistir en el empeño. Hace unas semanas, con la noticia de la antepenúltima página de este viejo periódico a la que al principio hacía mención, todo ha adquirido la solidez necesaria para afrontar el relato sin más dilación.

Hubiera querido presentarles con mayor número de detalles a Antonio Guridi Massanet; pero un cúmulo de extrañas casualidades parece haberse confabulado para no dejar siquiera una borrosa foto suya, y tan sólo tres aspectos tras los que eclipsó para siempre el resto de su fisonomía: una espesa y descuidada barba rubia, una especie de bonete de singular hechura y un corbatín negro de lazo que no se quitaba ni para dormir. No puede decirse lo mismo de Luis Robles Vilaforte, del que existen innumerables detalles, fotos y representaciones de entre las que prefiero un dibujo en busto que en breves y precisos trazos apareció en el periódico que dirigía el mismo año que ocurrieron los acontecimientos: rostro ancho y altivo, bigotes espesos y puntiagudos, barbilla prominente, ojos de mirar profundo y recto y un aire de implacabilidad que sólo vi dulcificado en una postrera foto de sus últimos años.

Si al estilo de Plutarco hubiéramos de buscar un paralelismo entre las vidas de Guridi y Vilaforte, diríamos que ambos eran de foránea procedencia y que sus antecesores respectivos se establecieron en esta lejana provincia ultramarina por la misma época, hacia la segunda mitad del siglo dieciocho. Pero así como los Vilaforte eran de origen asturiano y arribaron con el oficial propósito de la responsabilidad de un alto cargo, el tatarabuelo de Guridi era un comerciante balear, más aventurero que negociante, que en viaje de escala a las Américas acabó su existencia en aquel recóndito rincón del mundo. Otra notable coincidencia en los sentires de ambos personajes lo constituía su afirmación sin ambages al ideario de aquella época de finales de siglo pasado y comienzos del nuestro: el Progreso, la Humanidad y la Ciencia. Pero así como Luis Vilaforte era un positivista inflexible, en el alma curiosa y empirista de Antonio Guridi existía una hendidura que dejaba paso a la poesía, el misterio y un amplio margen hacia la duda y lo desconocido. Esto les hacía radicalmente diferentes.

En un lugar tan pequeño y apartado como lo era mi provincia de origen a comienzos del presente siglo, ambos personajes eran notables y sobradamente conocidos. Luis Vilaforte desde sus años de adolescencia, cuando fue noticia su traslado a la Universidad de Salamanca y su posterior licenciatura en Ciencias y doctorado en Leyes. Cuando volvió, para dirigir los múltiples negocios de su padre y el periódico que su bisabuelo había fundado en la provincia, ya era una eminencia. Desde sus páginas y con una vehemencia y ardores inusuales se dedicó desde entonces a proclamar su riguroso ideario liberal y a la defensa de la Ciencia y el Progreso contra todo tipo de falacia y despropósito.

Al contrario de la de los Vilaforte, la fortuna de los Guridi Massanet no fue suficiente para que su único hijo Antonio pudiera proseguir sus estudios más allá del charco, de modo que éste tuvo que conformarse con la titulación en estudios secundarios. Y si bien en el aspecto pecuniario Antonio Guridi sólo recibió de su familia una pensión exigua y una casona antigua y desvencijada, de sus antecesores aventureros heredó intactas el ansia de aventura intelectual y la sed de conocimientos que le llevaron a proseguir su formación más allá de las salas claustales y la tutoría de los maestros, en la devoción y búsqueda de libros que devoraba de manera continua e incesante. Frecuentaba los muelles y el trato con marineros, patronos y navegantes de toda condición, que constituían su cordón umbilical: ellos le suministraban libros, noticias, accesorios y materiales para sus experimentos. También le daban la oportunidad de conocer otro idioma: Antonio Guridi dominaba a la perfección diez idiomas y tenía manuscrito antes de morir un grueso tratado sobre el origen y la unificación de las diversas lenguas.

Abundando en el esquema del noble filósofo beocio, podríamos decir que nuestros dos protagonistas, a pesar de residir en lugar tan pequeño y provinciano, parecían habitar en mundos paralelos que discurrían ignorantes el uno del otro, marginales como dos cauces de límites perfectamente definidos e intocables. Luis Vilaforte habituaba los círculos de la alta burguesía, los ambientes de la oficial intelectualidad, los consulados y diplomáticos a través de los que obtenía material e información de primera mano sobre las ideas, hechos y acontecimientos provenientes de los lugares más dispares del mundo. El ambiente de Guridi, en cambio, me atrevería a calificarlo, a riesgo de las variadas connotaciones que hoy en día existen sobre el término, de popular. Habituaba los ambientes porteños, los contados parques públicos, las barberías, los poetas vagabundos y sin gloria, los bares y tascas sórdidas donde se le solía encontrar enfrascado en una lectura o en una animada discusión con un grupo de gente estrambótica y de la más variada condición que él gustaba en denominar "sus discípulos".

Pero todos sabemos que la vida fluye incontenible, que por extraños que parezcan dos destinos siempre existe aparejado el momento y el lugar para su encuentro. En el caso de Guridi y Vilaforte el

momento coincidió con unas elecciones a diputado a las Cortes Generales de la nación, y el lugar, las páginas del periódico que dirigía Vilaforte. Durante dos semanas ambos debatieron con crudeza sus posiciones respectivas: Vilaforte, a favor de los liberales; Guridi, en la defensa del ideario radical. Pronto el debate trascendió las páginas del periódico y se estableció en las barberías, las tascas, las reuniones de sociedad, los altos círculos de la intelectualidad. Nunca se había visto en la provincia tan amplio interés por unas elecciones a diputado, por muy generales que éstas fueran.

Podría decirse que fue en aquellos momentos cuando Guridi y Vilaforte iniciaron una contienda que iba más allá de un mero enfrentamiento de posiciones políticas, una esporádica controversia de puntos de vista.

Desde entonces ambos se aplicaron a una lucha sin cuartel enfrentando dos visiones contradictorias del mundo, dos filosofías antagónicas de la vida. El pretexto podía ser cualquiera: la dimisión de un gobernador corrupto, la celebración de un día festivo, la prevista aproximación a la Tierra del cometa Halley. La opinión pública se dividió en guridistas y vilafortianos, y aunque el extracto social de los primeros parecía proceder de las capas sociales más humildes, no era extraño encontrar en los altos círculos burgueses guridistas convencidos, y viceversa: en los virulentos debates de las tascas o las barberías nunca faltaba el grupo de los vilafortianos.

He creído necesario el amplio preámbulo anterior por considerar que ilustra convenientemente el marco y los protagonistas del principal acontecimiento que pretende constituir el núcleo de este relato.

Como a todos los asuntos a los que dedicaba su atención, en la última etapa de su vida Antonio Guridi Massanet se apasionó por un tema de manera casi excluyente: la conducta humana. Y especialmente en las manifestaciones en que aquella se mostraba de manera más sublime, dramática o exacerbada: las grandes creaciones artísticas, los actos de heroísmo y valor, la pasión y la violencia desatada. Centrado en esta última parte del estudio, descubrió casualmente tres actos criminales ocurridos en la ciudad en épocas muy diversas. El primero había ocurrido entre finales del siglo quince y comienzos del dieciséis, y tuvo por trágicos protagonistas a una mujer de origen maltés y su hijo de dieciséis años. Fueron acusados de herejes y condenados a la hoguera por la Inquisición. El día designado para la quema resultó especialmente tormentoso, llovió abundantemente en el terrible momento y hubo que encender la hoguera en tres ocasiones hasta acabar con los infortunados.

El segundo crimen ocurrió a finales del siglo diecisiete: un regidor fue apuñalado en plena calle por cuatro encapuchados que huyeron amparados por la oscuridad de la noche. La víctima era un hombre íntegro, estimado por sus conocimientos y la rectitud de su conducta. Siempre se sospechó de un asesinato a sueldo, pero nunca se descubrió el complot y los culpables.

Por fin, el tercer hecho violento ocurrió durante unas revueltas callejeras contra la Constitución establecida, a principios del siglo diecinueve. De un retén de soldados enviados a sofocar el motín, un joven soldado quedó aislado del resto de sus compañeros; cercado por la multitud enfervorizada, fue colgado aprovechando el pescante de una carreta estacionada en una esquina. Su cuerpo pataleó durante varios minutos a escasos centímetros del suelo hasta morir entre los gritos de júbilo de una muchedumbre electrizada.

Lo que llamó la atención de Guridi por estos tres crímenes, no sólo fue el aspecto de la evidente crueldad manifestada en todos ellos, sino otros dos hechos: el más importante, que los tres habían ocurrido a escasos metros de dónde él vivía, en la esquina de la calle Fuentes con el callejón del Clavel; el otro, que todos los crímenes tenían un carácter ideológico, político o religioso. Entonces Guridi aventuró una teoría sorprendente: ciertos lugares determinan conductas violentas. La esquina del Clavel con la calle Fuentes era uno de ellos. Y no sólo esto, sino que amplió la influencia de los lugares sobre la conducta humana a una cierta conjunción de los astros. Esos actos violentos sólo ocurrían en ese lugar cuando la luna se encontraba en una cierta posición con respecto a la Tierra. En el caso de los crímenes citados, tal posición correspondía a la fase de cuarto creciente.

Tales teorías sobre la influencia de los lugares y los astros sobre la conducta humana, evidentemente no eran nuevas; pero considerando aquel ámbito casi familiar, los lugares con sus nombres propios y, especialmente, el nombre y apellidos de quien procedía la noticia, ésta produjo en aquella singular sociedad el efecto de una bomba. Y, por supuesto, que dicho efecto comenzó a dimanar desde las páginas del periódico que dirigía don Luis Robles Vilaforte, que no puso la menor cortapisas a que Antonio Guridi se despachara a su gusto, durante tres días seguidos. Pero al tercer día, vino su réplica. Y comenzó la más importante de sus contiendas.

Durante varios días y desde la página central de su periódico, Luis Vilaforte acusó a Guridi de visionario, ilusionista de feria, engañosos y epítetos por el estilo. Caricaturizó su teoría proclamando jocosamente una vuelta a la carta astral de los antiguos babilonios, a la visión de los astros y los signos en el cielo, a los sacrificios en días propiciatorios, al estudio del sanguinolento residuo de las entrañas de animales sacrificados, al sagrado oráculo de Delfos. Para qué buscar hombres e ideas que rijan nuestros destinos, argüía, Si nuestros destinos han de estar regidos por astros y lugares, busquemos una esquina propiciatoria, resguardémosla de los elementos, fortifiquemos su perímetro contra ataques de nuestros enemigos, proclamémosla Presidente de nuestra República y alcemos en su honor un templo sagrado. Después se dedicó a citar los últimos conocimientos científicos en lo referente a la conducta humana, en una apretada y densa síntesis de teorías y autores con abundantes citas, Todas ellas, decía, basadas en la experiencia y en la observación, en el análisis riguroso de resultados, en la constante verificación de la realidad. Todo lo demás, concluía, deja de ser ciencia y se convierte en superchería.

La respuesta de Guridi fue mi primera noticia de aquel asunto, en aquel viejo ejemplar con el que di por pura casualidad. Estaba escrita con gracia y desparpajo, también con dureza y la misma seguridad en sí mismo que en el artículo anterior había demostrado Vilaforte. Comenzaba tratando a éste de falso científico, de acomodar datos y teorías a la suya propia de una manera acrítica y mecanicista, de desconocer o descartar de manera insolente otras teorías y autores - de cuyas citas y nombres también daba cuenta en abundancia - y, finalmente, de comportarse ante lo novedoso con la rigidez de un orgulloso fariseo. Pero lo más sorprendente de su respuesta era el final. Acudiendo al propio terreno de su contrincante (con esta expresión se manifestaba), estaba dispuesto a "después de un amplio estudio de análisis y observaciones, demostrar con una verificación en la misma realidad, el aserto de mi teoría". "De hecho", añadía, "y aunque esta teoría ya hace tiempo que la tenía elaborada, conociendo de antemano reacciones como la del señor Vilaforte y no queriendo sufrir padecimientos parecidos a los del infortunado Galileo, no me había aventurado a hacerla pública, hasta tener la prueba concluyente para demostrarla". Después de los estudios y observaciones antes citados, Antonio Guridi había llegado a la conclusión de que un nuevo crimen de las características de los precedentes ocurriría en el lugar citado y durante aquel

mismo año. Exactamente durante la próxima fase lunar de cuarto creciente, a unos veinte días aproximadamente de la fecha en curso.

Imaginemos el revuelo, la ansiosa lectura del artículo de Guridi en el periódico de aquel día y que generosamente fue publicado de nuevo al día siguiente en otra edición que volvió a agotarse poco después de salir a la calle. Imaginemos los comentarios, la animación inusual en las reuniones de los altos gabinetes, la agitación en tascas y barberías, los nutridos corros en las calles. Me hubiera gustado estar allí en aquella época, participar en los debates y discusiones, haber tomado parte por uno de los bandos en litigio.

Las casi tres semanas siguientes la ciudad vivió en una creciente ebullición. Las páginas del periódico habían callado para los dos contendientes, pero en la atmósfera las voces de sus partidarios resonaban por todos los rincones. A medida que la fecha se acercaba los corros en la esquina de Fuentes con el callejón del Clavel fueron aumentando en tamaño y expectación. Cuando comenzó la fase creciente de la luna el gentío era inmenso. Durante aquella noche primera, dominó el gesto atento, el murmullo expectante, un silencioso nerviosismo y contenida agitación. Al final de la siguiente noche, los partidarios de Vilaforte comenzaron a lanzar alguna que otra baladronada, algún chiste agrio, alguna extemporánea risotada. Cuando a las noches siguientes siguió sin ocurrir nada, la confianza de los vilafortianos les llevó a traer grandes pancartas con bromas punzantes y descarados comentarios. La noche que brilló la luna llena reflejó el rostro desolado de los guridistas, el semblante victorioso y orondo de los partidarios de Luis Vilaforte. Al día siguiente el periódico sacó una edición especial, en la que en primera página y a grandes caracteres se proclamaba el triunfo de la razón y la ciencia sobre la superchería y el atraso, un paso de toda la provincia hacia la modernidad y el progreso.

La imaginada satisfacción de Luis Robles Vilaforte, tuvo empero duración menor de la esperada, pues al cabo de dos días y manifestando una osadía digna de encomio Antonio Guridi en persona se presentó en su despacho para solicitar la publicación de un nuevo artículo. Después de leerlo, Vilaforte, rojo de ira se negó a su publicación. Se cuenta que hubo terribles palabras entre ellos, que incluso llegaron a las manos. Después de la trifulca, Vilaforte reflexionó, y decidió publicar el artículo. En él, Antonio Guridi reconocía su error, pero no su fracaso, pues consideraba que por ciertos cálculos erróneos que en su momento haría públicos, había dado una fecha equivocada. La nueva y definitiva fecha era la del mes próximo, en la fase creciente de la luna.

Todo lo que de sosiego y contención tuvo la contienda hasta esa fecha, se transformó entonces en violencia y agitación. Los partidarios de Vilaforte, reaccionaron con ira ante lo que consideraban una provocación y un mal perder de los guridistas. Estos, dolidos de denuestos y fracaso, se aferraron a la nueva fecha con un sentimiento de desespero. Hubo tumultos, algunas riñas callejeras, incluso algún lesionado en violentas discusiones de bar o de salón. Cuando se acercó el día de la fecha señalada, la muchedumbre en la esquina de Fuentes con el Clavel era como una marea en reboso. La primera noche de cuarto creciente, la fuerza pública hizo presencia en el lugar y aunque nunca en forma expeditiva llegó a poner orden entre los grupos más enfervorizados. Dicen que Luis Vilaforte en persona acudió al lugar, hecho que nadie pudo constatar. Quien sí hizo acto de presencia fue Antonio Guridi, entre la aclamación entusiasta de sus partidarios y los insultos de los vilafortianos. De entre estos últimos, uno más exaltado que los demás se abrió paso hasta Guridi, desenvainó la punta afilada de un bastón y le asestó una certera cuchillada. Ante la estupefacción y consternación de muchos, Antonio Guridi cayó al suelo y expiró exactamente en la esquina de la calle Fuentes con el callejón del Clavel.

El acto del entierro de Antonio Guridi fue el más multitudinario de los recordados en la ciudad. Una abigarrada muchedumbre, con contenida emoción y montañas de flores sobre su tumba, rindió último homenaje a quién con su propia muerte demostraba el aserto de su teoría y la victoria en aquella contienda. (Los pormenores y detalles de sus estudios, sin embargo, nunca se encontraron, así como innumerables manuscritos que con certeza se le atribuían). Muchos partidarios de Vilaforte manifestaron públicamente su pesar y reconocimiento al genio. Otros bajaron la cabeza y enmudecieron con vergüenza. Entre estos últimos parecía estar el mismo Vilaforte, cuyo periódico sufrió en los meses sucesivos la peor crisis de su historia. Llegó a rumorearse su cierre después de más de cincuenta años de diaria edición.

Habían transcurrido más de cuatro meses desde el trágico suceso, cuando Luis Vilaforte, haciendo gala de su habitual y orgulloso estilo publicó un artículo que pretendía reabrir todo el asunto. En grandes titulares y con tintes sensacionalistas tildaba el lamentable suceso de la muerte de Guridi de espectacular montaje, y a éste de farsante. Sus conclusiones eran simples: Antonio Guridi había planeado su propia muerte con el único objetivo de demostrar su peregrina teoría. Por supuesto que no lo había hecho de manera simplona, lo había planeado cuidadosamente. Desde luego que no se le había ocurrido contratar un asesino a sueldo que le matara en el momento justo, eso hubiera sido una temeridad finalmente descubierta. Había creado el ambiente necesario después de su primer fracaso, sabía el estado que imperaba en la calle la noche de los hechos, sólo tenía que presentarse en el lugar apropiado y en el momento justo. Él sabía que había muchos dispuestos a matarle. Antonio Guridi, concluía, no sólo era un farsante, sino un fanático de la peor especie.

Como se comprenderá esta salida de Vilaforte provocó una marejada de tumultos. La sede del periódico fue apedreada y toda su cristalera reducida a añicos, y si no fue incendiada aquel mismo día, se debió a la rápida y eficaz intervención de los bomberos y la fuerza pública. Luis Vilaforte desapareció de la ciudad durante unos días, y el periódico dejó de publicarse durante una temporada. Pero pasados unos días después de este artículo de Vilaforte, sus antiguos partidarios parecieron resurgir del anonimato y muchos indecisos empezaron a tomar partido por las posiciones de Luis Vilaforte. Quizás porque en el fondo de su corazón en algún momento latió la sospecha que ahora se manifestaba en el artículo. La contienda tuvo visos de rebrotar en toda su fuerza, pero muerto uno de los contendientes, el inexorable paso de los días la fue enfriando hasta apagarla definitivamente. Luis Vilaforte volvió a editar su periódico; pero ni uno ni el otro fueron lo mismo desde entonces.

Confieso que al paulatino conocimiento de los hechos, mi interés fue en aumento; que antes de saber la muerte de Guridi, mi ánimo había tomado parte por su bando, tal vez sin más razón que su imaginado aspecto desaliñado y su alma soñadora y de poeta. Pero también confieso que el último artículo de Luis Robles Vilaforte avivó en mí una incertidumbre que, al igual que algunos de sus partidarios, también yo llegué a abrigar en algún escondido rincón de mi espíritu. Y quizás por eso, a pesar del ingente material que llegué a acumular y la necesidad que desde un primer momento tuve de escribir un relato, siempre encontraba una excusa para su aplazamiento.

Como decía al principio, hace unas semanas aquel viejo periódico que en esta ocasión me llegaba con un retraso de dos días me trajo la solución del enigma. En la antepenúltima página, asignada a la sección de sucesos, se daba cuenta de la muerte de un hombre a manos de otro. Una sola cuchillada

había seccionado al primero la yugular. Al parecer, ambos habían asistido juntos a un partido de fútbol. Por pareceres diferentes respecto a la alineación de un defensa local, se habían enzarzado en una discusión que acabó en el trágico desenlace. Muy pocos habrán caído en la cuenta de que el hecho ocurrió en la esquina de la calle Fuentes con el callejón del Clavel.

Cuando leí la noticia ya anochecía. Excitado salí a la pequeña terraza del lugar donde vivo para mirar un cielo muy distante en años y kilómetros de aquel que habitaron Guridi y Vilaforde. Apenas tenía dudas cuando miré y constaté la presencia de la luna en cuarto creciente. Junto a la satisfactoria sensación de alivio que me deparaba la noticia, sentí una profunda tristeza. El carácter de este último asesinato, no hacía sino poner de manifiesto la mediocridad que rige los tiempos en mi vieja provincia de origen.

(Del libro de relatos “El asesino de Adelfas y otros crímenes de provincia”, Ed. Libertarias Prodhufi, 1995).